

las ideas avanzadas y civilizadoras de la Reina Isabel, y que honraria á cualquier monarca y á cualquier gobierno de los modernos siglos ¹.

Cuando de tal modo procuraba la Reina difundir por todos sus estados la ilustracion y el saber, apareció como un astro brillante en el horizonte de la humanidad, el admirable descubrimiento de la imprenta, que por su relacion íntima con las ideas, vino como á dotar al hombre de un nuevo sentido. La ciencia hasta entonces, penosamente escrita, y costosa por su trabajo, habia sido únicamente patrimonio de la aristocracia de la inteligencia, porque solamente podia meditar en participacion con los siglos que pasaron, el que habia recibido de la suerte grandes riquezas, para reunir una biblioteca; pues ésta, por modesta que fuese, necesitaba la fortuna, por lo menos, de los principes y de los magnates. La imprenta rescató esta desigualdad entre los hijos de un mismo espíritu, igualmente creados para el saber, y de las prensas de Guttemberg, radiante de esplendor, rico de beneficios, se levantó el genio de la historia para celebrar en lo presente y en lo porvenir el triunfo de la idea. Si el cristianismo estaba llamado á fundar la unidad de creencia, la imprenta estaba llamada á establecer la unidad de la razon.

Nada era por consiguiente mas á propósito para los elevados planes de Doña Isabel; y así fué, que comprendiendo la inmensa trascendencia de aquel invento, que descomponiendo la idea hasta en sus últimos elementos, la fija, la estampa, la eterniza, porque hace imposible que muera con su innumerable reproduccion, acogió con avidez el maravilloso invento y le protegió con ardor. Buena prueba de ello nos dá la carta orden fechada en Sevilla á 25 de Diciembre de 1477, en la cual mandaba que Teodorico Aleman «impresor de libros de «molde en estos reynos, sea franco de pagar alcabalas, almojarifazgo

¹ Lafuente. Por si alguno de nuestros lectores creyere que para engrandecer el renombre de la Reina, atribuímos á ella todos los grandes hechos de su reinado, creemos oportuno transcribir la juiciosa nota, que acerca de este punto, consigna el historiador que acabamos de citar. «Decimos esto, porque el alma de esta transformacion era la Reina Isabel. Fernando sin oponerse á ella tenia otras aficiones; habíase educado en los campamentos, era guerrero y político; pero la prudencia y sagacidad que en estos conceptos desplegó en las guerras y en la diplomacia, y que tanta fama le granjearon en Europa, eran fruto y resultado mas de su talento natural que de sus estudios.

«ni otros derechos, por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros de molde, esponiéndose á muchos peligros de la mar, por traerlos á España y ennoblecer con ellos las «librerías ¹.» Bien pronto, gracias á estas y otras sabias providencias, emanadas todas de la proteccion creadora de la Reina, difundióse por toda España con asombrosa rapidez el arte de la imprenta; Valencia, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Toledo, Valladolid, Burgos, Salamanca, Zamora, Murcia, Alcalá, Madrid y otras poblaciones menos importantes ven en su recinto activos establecimientos tipográficos, en los cuales con noble emulacion, se publican las obras de poetas y escritores de la antigüedad, y libros originales de ciencias y letras, contándose entre ellos la célebre biblia poliglota, admiracion todavía de propios y estraños.

«La Reina fomentaba con ardor los proyectos literarios, disponia «se compusieran libros, y admitia gustosa sus dedicatorias, que no «eran entonces como ahora un nombre vano, sino argumento cierto «de aprecio y proteccion de los libros y de sus autores ².» Así fué como Alonso de Palencia le dedicaba su diccionario y sus traducciones de Josefo; Diego de Valera su crónica; Antonio de Lebrija sus artes de gramática latina y castellana; Rodrigo de Santaella su vocabulario; Alonso de Córdova las tablas astronómicas; Diego de Almela el compendio historial de las crónicas de España; Encina su cancionero; Alonso de Barajas su descripcion de Sicilia; Gonzalo de Ayora la traduccion latina del libro de la naturaleza del hombre; y Fernando del Pulgar su historia de los reyes moros de Granada y sus claros varones ³. Los adelantos que hizo la ilustracion en nuestra patria fueron tales, que segun dijo mas adelante Lope de Vega, «los mas de los «poetas de aquel tiempo eran grandes señores, sin que por eso dejaran de figurar entre ellos ingenios de mas modesto nacimiento como Anton de Montoro, llamado el *ropero*, Gabriel el *músico*, maestre

¹ Archivo de la ciudad de Murcia.

² Clemencin.

³ Lafuente.

Juan el *trepador* y otros semejantes; y penetrando la cultura española hasta la misma Italia que tantas luces nos habia prestado, hizose en ella tan de moda nuestra literatura y nuestro idioma, que segun el autor del diálogo de las lenguas, «*asi entre damas como caballeros pasaba por gentileza y galania saber hablar castellano.*»

Las manifestaciones del arte alternaron como no podia menos de suceder con los adelantos de las ciencias y de las letras. «Las novedades, dice el erudito panegirista de Doña Isabel, que introdujeron entre nosotros algunos profesores de mérito, y el aplauso y aceptación que consiguieron los escultores Miguel Florentin y el desgraciado Pedro Torrigiano, atraídos á Castilla por la ilustración que empezaba á nacer entre los aficionados, fueron preludios de la revolución que hizo el famoso Berruguete en las artes, de donde acabó de desterrar el dibujo y formas de la edad media, y estableció las máximas que habia aprendido en Italia en la escuela de Miguel Ángel, dejando preparado el teatro en que habian de brillar muy pronto los artistas españoles y excitar la admiración y el aprecio general de Europa. La arquitectura, donde la introducción de novedades es de suyo mas lenta y difícil, siguió tambien la marcha de las demas artes del diseño. Empezó por abandonar la servil imitación de los tiempos que habian precedido, y allanó el camino para que sus profesores viniesen á abrazar últimamente en el sistema griego el que reúne en el mas alto grado la sencillez, la solidez y la belleza... «Los adelantos de la música indican mas bien la cultura que la sabiduría de una nación y aun en esta parte no careció Castilla de gloria en el reinado de Doña Isabel... Cultiváronla con esmero varios caballeros cortesanos, aun de los empleados en los cargos de mayor gravedad é importancia, como D. Bernardino Manrique, señor de las Amalaynelas, y Garcilaso de la Vega, embajador en Roma, y padre del célebre poeta del mismo nombre, que fué *gentil músico de harpa*, como cuenta Oviedo.

«El poeta D. Juan de la Encina y Francisco Peñalosa brillaron

«como músicos en la capilla de los papas: pruebas todas de los adelantos del arte, y de cuan estendida se hallaba su profesión entre los castellanos.»

La ilustrada y sabia princesa que de tal modo sabia procurar que se difundiera la ilustración por todo su reino estendiéndose á las diferentes clases del Estado, lo mismo las ciencias exactas que la jurisprudencia y la teología, las letras como las artes, natural era que cuidase con grande esmero de la educación de sus hijos, aquellas dulces prendas de su amor, que formaban con razón el consuelo de su madre y á las que colmaba de tiernas caricias, llamándoles de ordinario *sus ángeles*. Cinco le concedió el cielo: la cariñosa Isabel que llegó á ser Reina de Portugal; María que lo fué despues de su hermana; el malogrado príncipe D. Juan; la desventurada Catalina tan ilustre por su piedad como por sus desgracias en el trono de Inglaterra, y aquella sublime *loca de amor*, Juana, madre de Carlos V, en la que á pesar del trastorno de su juicio veíanse rasgos dignos de su madre. La educación de todos estos hijos era ejemplar. Las infantas á pesar de su elevada gerarquía, hilaban, cosían, bordaban y hacían otras labores de manos, imitando á su madre que mas de una vez debió á estas labores gran popularidad, porque una enseña bordada por su mano y regalada al ejército, ó un ornamento para la iglesia de una ciudad recién conquistada, producía en pueblo y soldados entusiasmo indescriptible; y alternando aquella enseñanza con la de todo género de conocimientos, que ofrecían en sabias lecciones á sus hijas los hombres mas doctos de Italia y España, consiguió que aquellas alcanzaran merecido renombre. En la educación del príncipe D. Juan demostró todavía mas la Reina su prevision y espíritu observador. Para despertar en el corazón del tierno infante un noble estímulo, formó una especie de escuela en que aprendían al mismo tiempo que el heredero de la corona, diez jóvenes de la nobleza, cinco de su misma edad y cinco algo mayores, á fin de que hubiera rivalidad entre los iguales, y aspiración hácia los adelantos de los mayores. Llamado D. Juan á ceñir un dia las dos coronas de Aragon y Castilla, apenas

empezó la adolescencia á presentar mas desarrolladas sus facultades intelectuales, formó Doña Isabel una especie de consejo de personas entendidas la gobernacion del reino, consejo en el cual y bajo la presidencia de D. Juan se discutian puntos del difícil arte de gobernar y del público interés, dando á aquellas discusiones el atractivo de la forma académica, á fin de que fuesen mas agradables al futuro sucesor de la corona. Para evitar que el hastio de los estudios graves cansara aquella precoz inteligencia, alternaba con tales enseñanzas los ejercicios corporales, el manejo de las armas y los encantos de la música. ¡Que porvenir tan halagüeño se prometia Doña Isabel del conjunto de cualidades intelectuales y morales que atesoraba el príncipe! y sin embargo ¡cuan lejos estaban de realizarse aquellas esperanzas de la Reina y de la madre! A la temprana edad de diez y nueve años, bajaba D. Juan al sepulcro, derramando en el corazon de Doña Isabel su amarga copa, la mas terrible pena que puede sentir el corazon humano. En cualquier otro espíritu menos elevado, menos religioso, menos grande, aquel dolor acerbo hubiera producido el paroxismo de la desesperacion. Pero Isabel supo en tan solemnnes momentos dominar su pena y aquella muger incomparable solo manifestó su dolor esclamando: *Dios nos lo dió, Dios nos lo ha quitado, sea su nombre bendito.*

Aquel corazon nacido solo para el bien era imposible que se rebelara contra los inescrutables decretos del Altísimo. La virtud fué siempre su constante guia, y los corazones que viven dándole constante culto, encuentran siempre en ella refugio, cuando los atormentan los grandes pesares de la vida.

La piedad y la religion, que tan profundamente arraigadas estaban en Doña Isabel, habian de producirle como santo premio las dulces fruiciones de la caridad. Madre de sus pueblos, mas que su reina, y procurando únicamente su adelanto y su mejoramiento, habia de tender tambien la bienhechora mirada á los desvalidos. Numerosos hospitales creaba por donde quiera; y la mayor parte de los establecidos en nuestra patria, llevan como glorioso distintivo las armas de la

gran reina y de su esposo. Y no contenta con introducir estos caritativos asilos en las poblaciones, viendo con profunda pena los destrozos de la guerra y la sangre en ella derramada, instituyó los hospitales de campaña, debidos exclusivamente al talento, á la piedad y á los sentimientos humanitarios de Doña Isabel, la cual cuidaba ante todo de que en los campamentos hubiese grandes tiendas, con camas y ropas para la curacion de los heridos y enfermos á quienes cuidaban médicos, cirujanos, boticarios y asistentes, todos pagados, lo mismo que las medicinas, por cuenta de Doña Isabel. Estas tiendas asi preparadas y surtidas de todo lo necesario, llamábanse *el hospital de la Reina*. Saludable y benéfica institucion que derramó el consuelo en los corazones de los desgraciados que sufrían por la causa de la religion y de la patria, que hizo subir de punto el amor que ya por tantos títulos profesaba á su régia protectora todo el ejército, y que hizo se la diese el honrosísimo dictado de *Mater castrorum*, la madre de los reales¹.

VII.

Al escribir la biografia de Isabel la Católica, preséntase al historiador cual negra nube en medio del despejado horizonte, el recuerdo de una institucion odiosa, nunca bastantemente censurada, y que quisiéramos poder arrancar de la historia de aquella gran reyna. Fácilmente habrán comprendido nuestros lectores que nos referimos á la Inquisicion. Sin que tratemos de narrar en este sitio, porque no es ocasion oportuna para ello, la historia de aquel tribunal odioso, debemos consignar que ya habia estado establecido en España como

¹ Lafuente, citando á Pulgar y á otros historiadores contemporáneos.